

Estrategias de ejidatarios ante los cambios de políticas en México. El caso de El Quemado, en el sur de Jalisco

Alejandro Macías Macías

Marcos Manuel Macías Macías

Centro Universitario del Sur de la Universidad de Guadalajara

Recepción: 25/01/2014 Aceptación: 25/05/2014

Resumen Desde el último cuarto del siglo xx, el gobierno mexicano ha instrumentado una serie de reformas económicas y legales cuyas repercusiones en la estructura y las posibilidades de vida en el sector agrícola y en la tenencia de la tierra son considerables. Sin embargo, a más de treinta años de las reformas neoliberales en la agricultura y más de veinte años de cambios a la estructura del ejido, la expectativa gubernamental de venta generalizada de ejidos no se ha cumplido, y tampoco los pronósticos que presagiaban la desaparición de los pequeños productores. Algunas razones de ello se exponen en este trabajo, en el cual se utiliza como estudio de caso a un grupo de campesinos ejidatarios de Usmajac, municipio de Sayula, Jalisco, cuyas estrategias para sobrevivir como agricultores muestran la inconveniencia de considerar los eventos externos y estructurales como verdades absolutas que subsumen la voluntad y capacidad de respuesta de los actores. Por el contrario, en las microhistorias se identifica no sólo la enorme heterogeneidad existente en el sistema ejidal mexicano sino también la variedad de respuestas dadas a fenómenos similares, de acuerdo con las particulares características ambientales, económicas y el proceso histórico de formación de los ejidos, así como de la cultura de los ejidatarios.

PALABRAS CLAVE: ejido, actor, capacidad de agencia, reforma agraria, Sayula.

Abstract Since the last quarter of the twentieth century, the Mexican government has implemented economic and legal reforms that had have a significant impact on the structure of the agricultural sector and on possibilities of land tenure. However, after 30 years of neoliberal reforms in agriculture sector and more than 20 years of changes to ejido structure, government expectations of sale of ejido lands and demise of the small producers have not been met. Some reasons are explained in this paper; we present the

case of a farmers group in Usmajac Ejido in Jalisco; their strategies to survive as farmers, show the inconvenience of considering external and structural events as absolute truths, without taking into consideration the answers of actors. On the contrary, it is in the microhistory where we can identify the enormous heterogeneity in the Mexican system of communal land and the variety of responses to similar phenomena, in accordance with the particular environmental, economic and cultural characteristics in which the ejido members are located, as well as to its historical formation process.

KEYWORDS: ejido, actor, capacity of agency, agrarian reform, Sayula.

Introducción

El 16 de enero de 1992, el Estado mexicano modificó el artículo 27 de la Constitución Federal, lo que permitió que a partir de entonces las tierras ejidales pudieran ser incorporadas al mercado y objeto de diversas transacciones mercantiles. Este cambio fue consecuente con la serie de transformaciones “modernizadoras” que en materia agrícola se venían dando desde la década de los ochenta a fin de incorporar, según el grupo neoliberal en el poder, al sector agropecuario a la dinámica de la globalización.¹

La reforma constitucional de 1992 tuvo como su justificación más importante que el minifundio y el impedimento legal que tenían los ejidatarios para vender, rentar o traspasar sus tierras o para utilizarlas como activos en la adquisición de créditos se habían convertido en lastres para la modernización del campo y eran una causa importante de la pobreza de los campesinos (Riding, [1984] 2001: 222; Morett, 1991, p. 49). Además, según la percepción gubernamental, dicha reforma permitiría la capitalización del sector rural al establecer “los cambios que atraigan y faciliten la inversión en las proporciones que el campo ahora demanda” (DOF, 1992). A más de veinte años de la reforma al artículo 27 constitucional, las expectativas de desarrollo del campo mexicano siguen sin cumplirse, e incluso la reali-

¹ En términos generales, las políticas de ajuste instrumentadas en el agro mexicano desde 1983, y que fueron profundizadas a partir de 1988, tuvieron las siguientes características: 1) disminución y posterior eliminación de los precios reales de garantía; 2) reducción del gasto fiscal en el campo; 3) retraimiento del crédito público en el sector agropecuario; 4) apertura comercial iniciada con la adhesión de México al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT) en 1985 y profundizada en 1994 con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN).

dad que viven muchos agricultores —sean ejidatarios o no— es peor que la que tenían antes de tales transformaciones. No obstante, la mayoría de los ejidos siguen mostrando gran heterogeneidad, complejidad y dinamismo en sus estructuras de producción y reproducción (Zendejas, 1988, p. 102).

Así, mientras que unos ejidos tienen tierras poco productivas de temporal, mismas que trabajan para el autoconsumo, y cuyos miembros laboran en el campo como jornaleros, sumidos en la pobreza extrema, otros ejidos poseen tierras de riego o tienen buen temporal, las cuales producen para el mercado, con lo que logran incluso adquirir capital suficiente para participar en los flujos de la economía mercantil. En medio de tales extremos hay muchas otras variantes.

En esta multiplicidad de actores, algunos ejidatarios con buenas posibilidades productivas (es decir, localizados en zonas de alta fertilidad, que pudieron acceder a tierras irrigadas, además de tener a lo largo del tiempo distintos apoyos gubernamentales para mejorar su infraestructura) han podido instrumentar diversas estrategias para aprovechar las opciones que cada época de política agropecuaria en México y sus regiones les ha ofrecido en el último siglo, adaptándose a ellas y obteniendo el mejor beneficio posible. Hacen esto tanto en los momentos de alta intervención estatal en la agricultura como cuando predominan las políticas neoliberales.

Ejemplo de ello es el grupo El Quemado, en el ejido Usmajac, en el sur del estado de Jalisco, cuyas respuestas a la globalización analizamos en este trabajo. Su historia demuestra que la persistencia de grupos ejidales responde a variables no sólo económicas sino también culturales, y son viables cuando las condiciones para su desarrollo son propicias. Pero también muestra que los pequeños productores de zonas integradas a la producción agrícola comercial ni están desapareciendo ni se subsumen en forma pasiva a las directrices impuestas por las grandes empresas. Por el contrario, estos pequeños agricultores participan activamente en su devenir echando mano, de acuerdo con sus condiciones materiales, históricas y culturales, de diversas estrategias para adaptarse a los cambios, negociar algunas de sus condiciones, resistir otras e incluso rechazar otras más, en un proceso dinámico donde lo global y lo local se influyen recíprocamente.

Antes de entrar de lleno en el tema, conviene señalar que los cambios productivos en Sayula y en el grupo El Quemado durante el siglo xx y el inicio del xxi podrían encontrarse asimismo en diversas regiones. Siguiendo a Van Young (1992, p. 3), la delimitación de una región es más una construcción conceptual y una hipótesis sujeta a comprobación que algo dado de antemano como cierto, de manera que ésta se puede definir de acuerdo con las características homogéneas que presentan determinadas poblaciones, como puede ser una actividad económica con influencia en un territorio definido.

De la Peña (1999) señala que existen cuatro tipos de estudios regionales: 1) los

que se centran en los sistemas de dominación espacial; 2) los referentes a los patrones regionales de cultura; 3) aquellos que hablan de los mercados regionales de productos y de trabajo, y 4) los sistemas productivos regionales. Si se toma en cuenta que las regiones no son estáticas, sino que se modifican con el tiempo conforme a las relaciones existentes entre el cambio sociocultural, el espacio y el tiempo (Van Young, 1992, p. 4). De esta manera, en lo que en algún momento fue una región más o menos definida, en otro tiempo ya no existe ninguna característica sólida que la identifique sino, por el contrario, hay más afinidad con otros territorios y poblaciones. Así, el caso de la producción agrícola en Sayula en los dos últimos siglos puede estar definiendo distintos sistemas productivos regionales.

La perspectiva centrada en el actor

Mucho se ha escrito en las discusiones metodológicas de las ciencias sociales respecto a lo que debe ser prioritario de estudiar: las grandes estructuras sobre las cuales es posible predecir los comportamientos de ciertos grupos sociales o el acercamiento a los comportamientos más puntuales de los pequeños grupos e individuos. En esta discusión se considera importante definir si las acciones sociales son impuestas por fuerzas colectivas que van más allá de la mera elección de los individuos o si éstas son negociadas entre los mismos (Alexander & Giesen, 1994, p. 10).

Desde nuestro punto de vista, esta discusión lleva a una falsa disyuntiva, pues las actividades de los individuos o grupos sociales se derivan tanto de las grandes estructuras como de la interpretación que sobre éstas realizan los actores de acuerdo con sus características. De hecho, como señala Beltran (2005, p. 252), la teoría social contemporánea ha intentado apartarse de esta disputa “formulando soluciones tentativas de continuidad entre el actor y la estructura a través de propuestas teóricas integradoras que incorporen en forma consistente la dimensión analítica de los actores sociales sin perder de vista su dimensión histórica y estructural”. En este sentido, Giddens ([1984] 2003, p. 40) señala que el dominio primario de las ciencias sociales no debiera ser ni la vivencia del actor individual ni la existencia de alguna forma de totalidad societaria, sino prácticas sociales ordenadas en un espacio y un tiempo.

Entre las propuestas teóricas que se han desarrollado en el esfuerzo por conciliar la disputa entre corrientes estructuralistas y hermenéuticas se encuentra la perspectiva centrada en el actor social, que se deriva de la llamada escuela de Manchester de antropología social. Según esta teoría, las macroestructuras externas son mediadas y transformadas por los actores locales² (Long, 1992, p. 20), de acuerdo

² No sólo existen actores sociales individuales sino también colectivos. Estos últimos son sujetos socia-

con sus patrones históricos, ambientales y culturales. Así, éstos resuelven cada situación que se les presenta utilizando las experiencias e interpretaciones anteriores, además de los recursos de todo tipo con que cuentan (Long, 1998, p. 51), de manera que el resultado de la acción social es un proceso estructural redimensionado por el actor.

En el enfoque centrado en el actor social, éste ya no es un simple recipiente pasivo de las decisiones tomadas en sitios ajenos a él, sino un participante activo que “recibe e interpreta la información y diseña estrategias en sus relaciones con los diversos actores locales, así como con las instituciones externas y su personal” (Long, 2007, p. 43). Así, lo que resulta a nivel local es un mosaico de formas de organización que “surgen de las interacciones, negociaciones y estrategias sociales que tienen lugar entre las distintas clases de actores” (Long, 1992, p. 21).

La perspectiva centrada en el actor social ha sido objeto de diversas críticas. La más importante es su acercamiento al individualismo metodológico y al racionalismo, que pretende explicar los fenómenos sociales a partir de la voluntad de individuos que actúan con autonomía propia, movidos por intereses, sentimientos o pasiones, de manera que las estructuras sociales sólo son cristalizaciones de acciones individuales (Beltrán, 2005, p. 251).

Ante ello, nos resulta más convincente la teoría de los campos sociales y del habitus, impulsada principalmente por Pierre Bourdieu. Según este autor, el individuo y la sociedad están en constante interacción, de manera que ni la sociedad define totalmente al individuo ni éste actúa fuera de un contexto social. Por lo tanto, las decisiones de los actores se basan en estrategias que en muy pocas ocasiones se fundamentan en una verdadera intención estratégica, y aun cuando fuera así, son resultado de disposiciones adquiridas históricamente a través de la “prolongada confrontación con las regularidades del campo social” (Bourdieu, [2000] 2003, p. 22). De esta forma, las condiciones objetivas del espacio social ya no son elementos externos que enfrenta el individuo a través de su racionalidad, sino que ese mundo es internalizado por el actor a través de su habitus, adquiriendo así todo un sistema de disposiciones que lo condicionan para hacer frente a esa realidad.

Ahora bien, la incorporación de las estructuras objetivas en la subjetividad del actor no quiere decir que éste sea un mecanismo automático de reproducción de esquemas ya establecidos, sino que se trata de un principio generador que produce prácticas individuales y colectivas, pero sobre “la capacidad creativa del agente actuante” (Alonso, 2002). Para entender este proceso, Bourdieu introduce dos conceptos clave: juego y estrategia. De acuerdo con él, la acción social está orientada

les pluripersonales, llamados organizaciones, que instrumentan determinados recursos con el fin de obtener un propósito, independientemente del nivel de formalización de la unidad (Caracciolo & Foti, 2003, p. 49).

por la *illusio* que significa “estar metido en el juego, cogido por el juego, creer que el juego merece la pena, que vale la pena jugar” (Bourdieu, [1994] 2002, p.141). Las coerciones y exigencias que se generan en el juego sólo pueden ser aprovechadas por quienes tienen el sentido del juego, es decir, aquellos cuyos habitus están preparados para percibirlos y cumplirlas haciendo uso de la infinidad de actos que el propio habitus les ofrece (Bourdieu, [1987] 2000, p. 71).

Esto, que se denomina sentido del juego, funciona más allá de la conciencia y el discurso, pero no se impone a manera de reglas. Por el contrario, el juego, sin estar sujeto a reglas, es reglado y regulado en el sentido de que las cosas en él pasan de manera regular, por las mismas restricciones objetivas de quienes comparten posiciones similares en el espacio social. Pero, como el actor social tiene cierta autonomía para tomar decisiones en el juego, el concepto de regla debe ser sustituido por el de estrategia, sin que ésta implique una elección consciente e individual marcada por el cálculo racional, sino más bien aquella situación donde el actor se ajusta a escenarios, con los recursos de un aprendizaje que le permite ahorrar el trabajo constante de cálculo y reflexión (Pinto, [1998] 2002, p. 55).

La estrategia, más que implicar que el actor planea sus decisiones en cada momento con base en una proyección de futuro, lo que hace a través del habitus es generar anticipaciones preperceptivas, una suerte de inducciones prácticas basadas en una experiencia anterior, que le permiten al sujeto dominar el futuro del juego, llevar las tendencias del mismo en estado incorporado y estar en condiciones de anticipar las jugadas de manera casi inconsciente (Bourdieu, [1994] 2002, pp. 145-147).

Sobre la base de las propuestas anteriores, en adelante se analizará el caso del grupo ejidal El Quemado, cuyas estrategias como grupo les han permitido a sus miembros mantenerse en la agricultura como ejidatarios aun cuando las condiciones macroeconómicas del país y las políticas públicas impulsadas desde la década de los ochenta pudieran pronosticar lo contrario.

Para la elaboración de este estudio de caso se llevó a cabo investigación etnográfica en el municipio de Sayula, Jalisco, para lo cual se realizó trabajo de campo en 2003 y 2004, mismo que fue complementado con dos entrevistas hechas en agosto de 2013. En estos años se utilizaron como técnicas la investigación participativa y la aplicación de 63 entrevistas a profundidad a diversos actores locales (agricultores, empresarios hortícolas, funcionarios gubernamentales, trabajadores, representantes de organismos no gubernamentales, etc.), de las cuales nueve correspondieron a ejidatarios de Usmajac y del grupo El Quemado.

Antes de contar esta historia deseamos aclarar que las características de este grupo son en general atípicas en relación con lo que sucede en la mayoría de los ejidos en México, ya que sus miembros forman parte de aquella minoría de ejidatarios que tuvieron, desde la reforma agraria, acceso a tierras fértiles e irrigadas.

Por lo mismo, esta historia no puede entenderse como una prueba del éxito de la integración de campesinos “viables” a la agricultura comercial (Bengoa, 2003, pp. 55-58) ni utilizarse para evaluar los avances y retrocesos en otros ejidos del país.

El ejido en el México neoliberal del siglo XXI

En los primeros años de la última década del siglo XX, la agricultura en México se encontraba en medio de una crisis que se había venido fraguando desde mediados de la década de los sesenta, cuando el ritmo de crecimiento de la producción agropecuaria era ya inferior al de la población, lo cual dio lugar a una creciente importación de alimentos básicos, en especial de maíz. Esta situación se agravó con la crisis macroeconómica iniciada en 1982, que duraría prácticamente toda aquella década, así como por las políticas neoliberales que le siguieron. Éstas, como ya se dijo, implicaron una serie de medidas desfavorables para la agricultura en pequeña escala.

No obstante, en 1991 la perspectiva gubernamental era culpar a la figura del ejido de la mayor parte de los problemas económicos que se vivían en la agricultura. Se señalaba que el ejido, y el consiguiente minifundismo que se creó, habían frenado el crecimiento de la productividad agropecuaria, además de que ya no constituían una alternativa para que la creciente población rural poseyera tierras de cultivo, dado que las tierras para repartir se estaban agotando y no existía la posibilidad de obtenerlas por la vía mercantil.

En su tercer informe de gobierno, leído el 1 de noviembre de 1991, el entonces presidente, Carlos Salinas de Gortari, exponía:

Nuestra población está creciendo, pero nuestro territorio es el mismo. Sólo en el campo viven hoy 25 millones de compatriotas, casi el doble de la población que había en todo el país en 1910, y su número va en aumento. Existen 25 millones de hectáreas de labor, cinco millones de riego, mientras que la fuerza de trabajo en la agricultura es ya de seis millones de productores. Ha crecido la producción pero la productividad no es suficiente. El minifundio se extiende tanto entre ejidatarios como entre pequeños propietarios y los campesinos tienen que trabajar más para sacar menos. En nuestro campo todavía hay mucha miseria. [...] Hoy la mayoría de los ejidatarios o de los pequeños propietarios es de minifundistas; dos terceras partes de los campesinos que siembran maíz en la nación tienen menos de tres hectáreas de tierra de temporal por familia; muchos sólo poseen surcos. Así no pueden satisfacer sus propias necesidades.

Ante tales circunstancias, el 7 de noviembre de 1991, el Ejecutivo Federal envió a la Cámara de Diputados la Iniciativa de Decreto que Reforma el Artículo 27 constitucional. Sus principales ejes fueron: 1) el fin de la obligación del gobierno de repartir tierras; 2) el derecho de los ejidatarios a obtener certificados individuales de propiedad de sus parcelas, siempre y cuando la asamblea ejidal esté de acuerdo

en participar en el Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares (Procede), organismo creado en 1993 para tal fin. Una vez que esto sucediera, los ejidatarios podrían vender o rentar sus parcelas, así como incluirlas en contratos de asociación o utilizarlas para la tramitación de créditos.

Sin embargo, a más de veinte años de esta reforma agraria y a pesar de que, de acuerdo con algunos funcionarios gubernamentales que participaron en ella, ésta ocasionaría una privatización importante de la mayoría de los ejidos y daría un nuevo impulso a la agricultura en el país sobre la base de sólidas empresas comerciales que aprovecharían las ventajas comparativas de México, la situación dista mucho de corresponder a tales expectativas. Así, por ejemplo, entre 1993 y 2012, el crecimiento del PIB agropecuario ha sido de 2.03 % promedio anual, cifra inferior a la de la economía en su conjunto (2.56 %) (INEGI-BIE). De igual manera, hubo un descenso en la producción per cápita en este periodo en la mayoría de los cultivos básicos: frijol, trigo, arroz, oleaginosas, leguminosas, leche, carne de res y carne de puerco, por lo que el saldo deficitario en la balanza comercial agroalimentaria ha crecido hasta 4,969 millones de dólares (mdd) en 2012 (INEGI-BIE), cuando en 1991 era de 972 mdd (González & Macías, 2007).

Los únicos productos que han ganado con las reformas estructurales son aquellos en que México tiene ventajas comparativas, en especial las frutas y hortalizas. Sin embargo, los elevados costos de su cultivo, los altos riesgos debidos tanto a su vulnerabilidad ante cambios en las condiciones del medio ambiente como a la concentración de la comercialización y las grandes fluctuaciones de precios hacen que prácticamente sólo hayan incursionado en ellos grandes agroempresas.

En materia de cambio de propiedad, la situación tampoco ha variado como lo presagiaban los artífices de la reforma. De acuerdo con la Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano del gobierno federal mexicano, aunque hasta abril de 2012 el 94 % de la superficie social ya se encontraba regularizada, sólo el 2.5 % de ésta, es decir, apenas 200 mil hectáreas, habían pasado de la propiedad social a la privada. De esta forma, hasta abril de 2012 persistían como propiedad social 100.3 millones de hectáreas, distribuidas en 29,442 ejidos y 2,343 comunidades.

¿Cuál es la razón de la escasa venta de tierras ejidales y de la prevalencia de la mayoría de los ejidos? Existen varias respuestas a ello:

1. Porque una buena parte de los ejidos tienen tierras de temporal poco productivas, por lo que no son atractivas para la mayoría de las empresas que participan en la agricultura comercial.

2. Porque si antes de la reforma agraria de principios del siglo xx el factor decisivo de control en el campo por parte de los grupos de poder era la tenencia de la tierra, los nuevos agroempresarios prefieren el control de capital, ya que con él pueden rentar la tierra y adquirir los elementos para hacerla producir (González, 1981, p. 89).

3. Porque el sistema ejidal no responde exclusivamente a una racionalidad económica utilitarista y empresarial. Esto se debe, en primer lugar, a que muchos ejidatarios no cuentan con fuentes de ingreso estables, de manera que su parcela es su único activo para garantizar por lo menos la obtención de satisfactores básicos en momentos de alta incertidumbre, y en segundo lugar porque, aunque desde una visión economicista la venta o renta de sus parcelas podría resultar una buena opción para obtener recursos que les permitieran mejorar su condición económica, existen factores históricos, políticos, culturales y simbólicos que los hacen decidirse por no vender, tales como el arraigo a la tierra, la herencia familiar, la memoria histórica sobre la lucha para acceder a ella, la identificación y los compromisos con la comunidad, etc. Incluso, como señala Stephen (1998, p. 126), estos factores también fueron determinantes en la manera diferenciada con que los ejidos se relacionaron con el Procede, no obstante que sus funcionarios quisieron tratarlos como entidades no diferenciadas.

4. Porque algunos ejidatarios, en especial los que históricamente accedieron a mejores recursos para producir, han encontrado la forma de sobrevivir y crecer como campesinos y ejidatarios, incluso bajo las condiciones impuestas por la política neoliberal. Es el caso de El Quemado, grupo perteneciente al ejido Usmajac, cuya historia presentamos a continuación. Antes señalamos el contexto de la agricultura en Sayula para entender las respuestas del propio grupo.

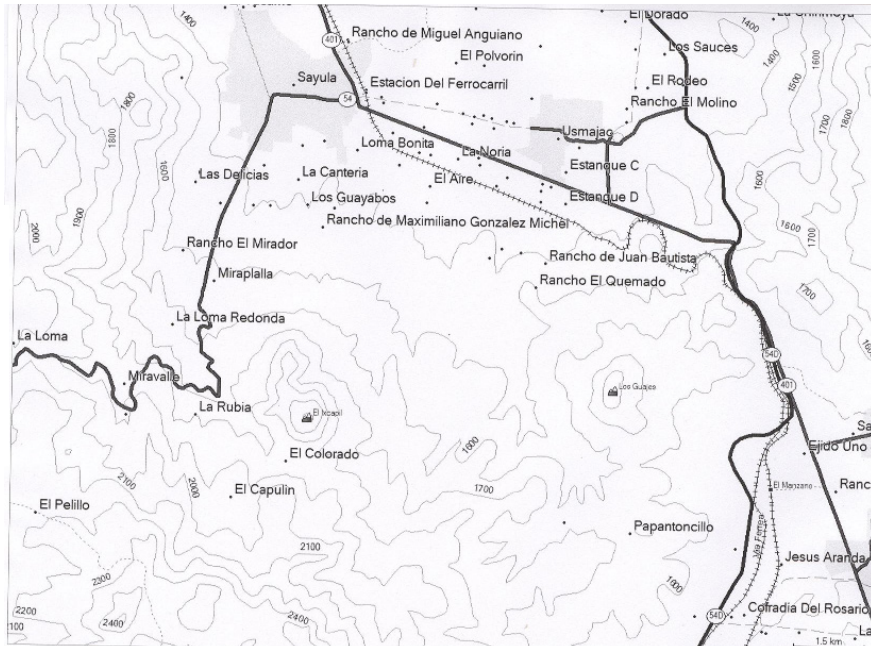
Sayula: territorio agrícola afectado por los cambios macroeconómicos y sectoriales

El ejido de Usmajac se localiza en la cuenca de Sayula, en el valle del mismo nombre, en el sur del estado de Jalisco (mapa 1). Esta cuenca, con una altitud de entre 1,350 y 1,800 metros sobre el nivel del mar, cuenta con una extensión de aproximadamente seis mil hectáreas de terrenos planos y semiplanos (Castillo, 2001, p. 4). Su clima es semiseco, con una precipitación media anual de 810.9 milímetros y una temperatura media anual de 20.9 °C. (Enciclopedia de los municipios de México).

Históricamente, las tierras del valle de Sayula han tenido un gran potencial agropecuario gracias a sus características y recursos medioambientales, principalmente la riqueza y variedad de sus tierras, así como la abundancia de agua subterránea, ya que es un vaso lacustre cerrado (endorreico), rodeado por dos cadenas montañosas (la Sierra de Tapalpa al norponiente y el poniente, y la Sierra del Tigre al oriente y el surponiente).³

³ La cuenca de Sayula pertenece a la Unidad Hidroecológica Lagunas. De acuerdo con un estudio llevado a cabo por la Comisión Nacional del Agua en 2002 (CNA, 2003), las entradas del líquido en esta unidad suman 179.29 millones de metros cúbicos al año, en tanto que las salidas son de 56.40 Mm³/a.

MAPA 1. Ubicación del ejido Usmajac



Fuente: Elaboración utilizando el software México GPS Atlas 2008, versión 3.11.

Estas riquezas y otros factores, como el clima y las buenas vías de comunicación (por Sayula pasan la carretera libre Guadalajara-Ciudad Guzmán y la autopista Guadalajara-Manzanillo, segunda ciudad en importancia de México y principal puerto del occidente mexicano, respectivamente) hicieron que en este valle se desarrollara durante el siglo xx un importante grupo de agroempresarios que se dedicaron, hasta la década de los ochenta, a la producción de distintos bienes destinados generalmente al mercado regional, y en algunas ocasiones al mercado nacional (Macías, 2006, p. 22). El cultivo que mayor importancia adquirió en el último cuarto del siglo xx fue la alfalfa, que se sembraba en tierras irrigadas y se industrializaba a través de 11 deshidratadoras, con el objeto de abastecer a los productores pecuarios locales y de otras regiones del estado y del país (pp. 33-35).

Sin embargo, una serie de fenómenos derivados del cambio estructural en la política del Estado hacia la agricultura ocasionó que el otrora oro verde perdiera gran parte de su rentabilidad a finales de la década de los ochenta. Los eventos que ocasionaron esta caída son, por el lado de la demanda: 1) las crecientes importaciones de carne y de leche en polvo, lo que obligó a varios ganaderos —sobre todo locales— a restar la dieta balanceada de sus animales y la disminución de sus hatos,

y 2) la importación de alimentos balanceados sustitutos de la alfalfa a precios más bajos. Por el lado de la oferta influyeron: 1) el incremento de los precios de los insumos necesarios para la producción, tales como la electricidad y el combustible, debido a la disminución de los subsidios gubernamentales, y 2) la baja en los niveles de los mantos acuíferos, que provocó la perforación de pozos más profundos, con el consecuente incremento en los costos de producción (Macías, 2006, pp. 35-36).

A principio de la década de los noventa, en el campo de Sayula la gran mayoría de sus principales productores estaban en la insolvencia financiera y en busca de nuevas alternativas. Algunos las encontraron en la renta de sus tierras a las empresas hortícolas recién llegadas,⁴ mientras que otros acudieron a la siembra de otras hortalizas y semillas híbridas bajo contrato.

Pero ¿qué sucedió con los ejidatarios?, ¿cómo respondieron algunos de ellos al reto de la apertura económica y comercial y a los menores apoyos del Estado? En el siguiente apartado presentaremos el caso del grupo El Quemado, en el cual destacan la serie de estrategias que utilizaron sus miembros para sobrevivir en este nuevo entorno sin recurrir necesariamente a la privatización o renta de sus unidades.

Respuestas ejidales a la globalización: grupo El Quemado⁵

El ejido Usmajac, el más grande de los cuatro que existen en el municipio de Sayula (los otros tres son Sayula, Tamaliagua y Villa Madero), cuenta con 377 ejidatarios reconocidos, más los posesionarios. Este ejido se creó en 1924 cuando se dio posesión a la comunidad agraria de Usmajac de 600 hectáreas de la hacienda de Amatitlán, algunos terrenos de la beneficencia privada “Paula Gutiérrez y Felipe Cisneros” y los potreros El Casco Chico, El Casco Grande, Apasta, El Colorado y otros más (Mun- guía, [1976] 1998, p. 256).

En términos generales, las parcelas de este ejido son de entre cuatro y cinco hectáreas, aunque en algunos casos el ejidatario tiene dos hectáreas más en una zona de humedad, para compensar las condiciones desfavorables cuando las otras cuatro se encuentran en zonas de temporal.

⁴ En 1985 una empresa productora de tomate que trabajaba en la región Costa Sur de Jalisco rentó tierras en Sayula para continuar su actividad. A partir de entonces y hasta 2004, el tomate llegó a ser muy importante para la economía sayulense, pues representó entre 1995 y 2005 el 50.8 % del valor de la producción agrícola, aunque sólo ocupó el 8.3 % de la superficie (Macías, 2006, pp. 39-40). Igualmente, a partir de 1994 varios productores locales han producido brócoli y otras hortalizas bajo contrato con agroindustrias nacionales de hortalizas congeladas, además de que a partir de 2008 ha crecido la producción de arándano y frambuesa.

⁵ Salvo que se indique lo contrario, la información de este apartado fue obtenida mediante entrevistas con los representantes del grupo ejidal El Quemado, así como con líderes del ejido Usmajac.

En el ejido de Usmajac muchas tierras son altamente productivas. Fueron expropiadas de haciendas y potreros fértiles (Munguía, [1976] 1998, p. 256), además de que varias tienen infraestructura de riego, pues durante las décadas de los cuarenta y los setenta el gobierno federal apoyó a los ejidatarios para la perforación de pozos a fin de que pudieran cultivar caña de azúcar, en el primer caso, o alfalfa, en el segundo.

En ambos procesos y en el más reciente en que el gobierno federal, a través del programa Alianza para el Campo, apoya a los ejidos para la perforación de pozos de agua o la instalación de infraestructura de riego, varios miembros del ejido Usmajac se han conformado en grupos de trabajo (actualmente son 12) con el objeto de organizar el aprovechamiento del agua a la que tienen acceso, la utilización de la maquinaria con que cuentan, la producción y comercialización de cultivos que como grupo siembran, así como la renta de tierras a empresas hortícolas. De ellos, el más longevo y posiblemente el más consolidado es El Quemado.

Características generales de El Quemado

El Quemado es un grupo formado por 32 ejidatarios (eran 33, pero uno de ellos vendió su parcela) que aglutinan una superficie de 127 hectáreas colindantes entre ellas (salvo dos parcelas que están al centro y no forman parte del mismo), localizadas al sur de Usmajac (mapa 1). Prácticamente cada miembro del grupo tiene cuatro hectáreas de tierras que hasta 2004 eran de riego rodado, pero a las que en años siguientes se dotó de riego por aspersión y en 2013 están por contar con infraestructura de riego por goteo.

De los 32 miembros de El Quemado, seis son viudas o señoritas que heredaron la tierra, misma que es trabajada por familiares varones a través de medieros o se renta, generalmente a otros miembros del grupo. La mayoría de los miembros restantes superan los cuarenta años de edad (hay varios mayores de setenta) y son pequeños productores que generalmente recurren al pluriempleo para complementar sus fuentes de ingreso, tanto porque lo que reciben por la producción agrícola en sus cuatro hectáreas no les es suficiente para tener un nivel de vida más o menos estable aunque la temporada sea buena y resulten rentables los distintos cultivos que siembran, como porque el tiempo que necesitan dedicar a su parcela les deja suficiente tiempo libre para considerar alguna actividad productiva complementaria. Así, varios toman en renta, por mediería e incluso mediante la compra, otra parcela; otros han comprado ganado para la venta de leche o carne y algunos más, que han adquirido tractores, hacen trabajos esporádicos de maquila, y también hay quienes trabajan en la albañilería o como jornaleros.

Antecedentes de El Quemado

El Quemado se conformó en la década de los cuarenta por iniciativa de los representantes en Sayula del gobierno federal con el objeto de que fueran proveedores de caña de azúcar para el ingenio de Amatlán, que por entonces pretendía hacer de este territorio una zona azucarera. En ese tiempo, el grupo tuvo apoyos federales para perforar cinco pozos de agua a fin de que se tuvieran tierras bajo riego rodado y pudiera producirse caña con los rendimientos necesarios.

Sin embargo, cuando el ingenio dejó de funcionar, en 1953, El Quemado siguió vigente, aunque con etapas críticas en que cada ejidatario, de manera independiente, producía los cultivos que le convenían. Hubo momentos en que el grupo prácticamente no cumplía ninguna función importante, situación que estuvo a punto de provocar su desmembramiento.

Casi veinte años después, en la primera mitad de la década de los setenta, se volvió a fortalecer El Quemado con el objeto de aprovechar las ventajas que ofrecía la producción y comercialización de alfalfa. Entonces, con el apoyo de la Comisión del Sur, este grupo obtuvo un préstamo de alrededor de tres millones y medio de pesos para electrificar los cinco pozos de agua que aún subsisten, la compra de un tractor e incluso, con la obtención de un crédito bancario, instalar en 1984 la única deshidratadora de alfalfa en Sayula que no pertenecía a particulares.

La producción de alfalfa y su industrialización en harina rindió buenas utilidades a los miembros durante la parte final del auge de este cultivo en Sayula (segunda mitad de los ochenta). Sin embargo, después de 1988 el escenario cambió y la producción de harina de alfalfa ya no fue rentable por las causas ya mencionadas; debido a esto, el grupo decidió vender la deshidratadora, aunque se mantuvo en la producción de alfalfa para comercializarla colectivamente en pacas, lo que siguieron haciendo los 32 ejidatarios hasta 2009, cuando todos los miembros se comprometían a destinar la mitad de sus parcelas (dos hectáreas cada uno y más de sesenta hectáreas como grupo) al cultivo de alfalfa, cuyo corte y comercialización llevaba a cabo la directiva del grupo. Ésta, luego de descontar 25 % de los ingresos para financiar los gastos del agua y administración, además de deducir los costos del corte, rastrillo y empaque de la alfalfa, entregaba a cada ejidatario el resto de lo obtenido por la venta. Si un ejidatario tenía un adeudo con el grupo, se le rebajaba del porcentaje por entregar hasta que el mismo fuera cubierto.

Este tipo de estrategias les han permitido a los miembros de El Quemado trabajar colectivamente en aspectos como manejo del agua, comercialización de los productos y compra de insumos, lo cual significa un capital social importante que les permite responder a las exigencias de la economía de mercado. Sin embargo, no se puede afirmar que éste sea un ejido colectivo, pues en los aspectos relativos a la producción cada ejidatario maneja de manera independiente su parcela.

De todas formas, aun cuando la producción colectiva de alfalfa dejó de llevarse a cabo en 2010 debido a que las utilidades ofrecidas por otros cultivos, como el frijol, superan los beneficios de la alfalfa, las estrategias de trabajo colectivo se mantienen pues con él obtienen beneficios que no obtendrían de otra forma. Es el caso, desde la década de los noventa, de que varios miembros de El Quemado han producido bajo contrato semillas híbridas de maíz con diferentes agroempresas.

Agricultura por contrato en la producción de semillas híbridas de maíz

La producción de semillas híbridas de maíz por parte de grandes agroindustrias transnacionales y nacionales inició en Sayula en 1987, como una más de las actividades que comprenden las nuevas tendencias de la agricultura industrial y comercial que se ha desarrollado en México gracias a la apertura económica y comercial.

La primera agroindustria en llegar a Sayula fue Dekalb. Posteriormente aparecieron empresas como Northrup King (1988-1993), Novacen (1995), Cargill (1993-1998), Ceres (1997-2003), Pioneer (1999) y Conlee. Además, en 1999 tanto Dekalb como Cargill fueron absorbidas por el corporativo Monsanto, que desde ese año trabaja en la región (Castillo, 2003, pp. 436-438).

En Sayula, las empresas reproducen masivamente las semillas creadas y reproducidas por sus departamentos de investigación y de parentales en otras regiones del país o del extranjero, trabajando indistintamente con empresarios agrícolas de la pequeña propiedad y con ejidatarios, a través del mecanismo de agricultura por contrato, pues las características del producto, que no demanda grandes ni delicadas medidas de atención, hace que estas empresas prefieran trasladar al agricultor la responsabilidad y los riesgos inherentes al proceso productivo.

A la hora de decidir trabajar o no con un agricultor, las agroindustrias toman en cuenta los siguientes aspectos: 1) la extensión de terreno que se desea incluir en el programa; 2) las condiciones del suelo; 3) que se trate de tierras bajo riego; 4) que la cantidad de agua con que cuente el productor sea suficiente para que la cosecha se dé en las mejores condiciones, y 5) que en los lotes de los alrededores no se siembren otros tipos de maíz, para evitar que haya polinizaciones que afecten la pureza genética de la semilla híbrida. Por eso en el caso de los ejidos, aunque el contrato que las empresas firman es con cada uno de los ejidatarios y éstos tienen libertad para contratar o no, en realidad el que se dé la relación depende de que varios de ellos participen, para aglutinar una superficie que garantice altos rendimientos y evitar que haya polinizaciones cruzadas. Sin embargo, para las agroindustrias en ocasiones es mejor trabajar con pequeños productores porque éstos están en posibilidad de atender directamente su parcela durante el proceso y cuidan todos los detalles asociados al mismo.

Las condiciones anteriores son precisamente las que han hecho que desde finales de la década de los ochenta diversas empresas trabajen con los ejidatarios de El Quemado, pues con ello acceden a una superficie importante de tierras irrigadas de alta productividad. El proceso de producción inicia con las negociaciones en febrero, continúa con la siembra entre abril y mayo, y con la cosecha entre septiembre y diciembre. Aunque hay algunas diferencias en los términos que se establecen en los contratos, más o menos prevalece en todos ellos que la empresa provee la semilla y la dirección técnica del proceso productivo, en tanto que el agricultor pone la tierra y su trabajo. La cosecha la realiza la empresa, pero se descuenta del pago que hace finalmente al agricultor.

Otro aspecto que se contempla en los contratos son los pagos que se realizan por la producción de líneas de semillas hembras (las que interesan a la empresa) y de líneas macho (que para los objetivos de la empresa sólo sirven para germinación). En este caso las empresas suelen manejar distintas formas de pago, e incluso éstas pueden cambiar de un periodo a otro. Por ejemplo, la oferta de Monsanto consiste en ofrecer un precio de garantía sobre un rendimiento mínimo que se vaya a obtener de acuerdo con las características de la línea con la que se trabaje, de manera que si el rendimiento resulta ser inferior la empresa paga como si se hubiera alcanzado ese rendimiento mínimo. A partir de dicha garantía, la empresa ofrece pagar entre 80 y 100 % más sobre el rendimiento por hectárea, tratándose de semilla hembra.

En el caso del maíz macho, se paga a precio comercial y generalmente se destruye para evitar el robo de información genética, aunque algunas empresas en ciertos casos autorizan al agricultor para que lo utilice como forraje, siempre y cuando sea bajo la vigilancia de la empresa.⁶

El que se pague un valor agregado de 80 o 100 % depende del rendimiento esperado de la línea de semillas con la que se trabaje, de manera que si una semilla es muy rendidora, el valor agregado que se ofrece es de 80 %, mientras que si una semilla es de rendimiento pobre se ofrece un valor agregado de hasta 100 %. Esto se hace para que todos los agricultores con programa tengan la probabilidad de obtener beneficios similares y así evitar inconformidades o que los agricultores no quieran trabajar con las líneas menos rendidoras.

La relación entre empresas y agricultores, como toda relación mercantil, está basada en el poder que cada una de las partes pone en juego, y es la empresa la que tiene mayor poder. Así, por ejemplo, ésta suele modificar las cláusulas de los contratos para evitar que los agricultores mejoren su capacidad de negociación; de modo que en un año la empresa ofrece premios por rendimiento o apoya con algunas labores agrícolas, mientras que en otro quita los premios, pero aumenta el porcentaje de sobrepago que ofrece. De igual manera, cambian de líneas de

⁶ Comentario de Enrique, funcionario de Monsanto entrevistado el 17 de febrero de 2004.

semillas no sólo porque responden a la propia actividad comercial de la empresa, sino también porque así mantienen la sujeción del agricultor a ella y cierran las posibilidades de que éste pueda desarrollar sus propias líneas. Finalmente, las empresas han venido disminuyendo los apoyos que otorgan; se limitan a la semilla y a la asesoría técnica, y dejan al agricultor el resto de las actividades, así como que éstos asuman el riesgo de la producción, lo cual es una estrategia para disminuir su poder de negociación y mantener mayor control en la relación.

Aun así, para la mayoría de los miembros de El Quemado la alternativa de producir semillas híbridas bajo contrato fue positiva hasta 2013, pues tienen de antemano un contrato para la venta, con estipulaciones claras de cuánto va a ser el pago por el producto, lo que implica un alto nivel de seguridad en el entorno posterior a la producción. Además, otra ventaja que han encontrado es la asesoría que reciben de los ingenieros de la agroindustria y algunos de los apoyos para producción, aunque, como ya se mencionó, éstos han venido disminuyendo con el paso de los años.

Ahora bien, la relación de los ejidatarios de El Quemado con este tipo de agroindustrias ha tenido claroscuros. Uno de los momentos complicados se dio cuando producían para una agroindustria sinaloense, la cual estipulaba en el contrato que ella les pagaría antes de iniciar la cosecha. En un principio fue muy cumplida con sus compromisos, pero después ya no les pagó a algunos ejidatarios o lo hizo muy tarde. Por ello, el año siguiente, en un gesto de solidaridad, que es el que da consistencia al grupo, todos sus miembros decidieron ya no trabajar para esta empresa aunque a algunos les seguía pagando oportunamente. De igual manera, con Monsanto la relación también ha tenido altibajos, pues mientras que en 2002 los productores se quejaron de que no había respetado el precio de garantía ni los rendimientos habían sido los prometidos, al año siguiente las circunstancias les resultaron ampliamente favorables y obtuvieron pagos muy superiores a los esperados.

En lo que respecta al ciclo otoño-invierno, algunos miembros del grupo siembran granos, mientras que otros producen frijol, que en ocasiones comercializan de manera conjunta, obteniendo con ello buenos resultados porque la directiva del grupo logra conseguir clientes con mayor solidez económica que compran grandes volúmenes, y este es un elemento más que confirma el capital social que significa para los ejidatarios este tipo de agrupaciones.

En términos generales, las diferentes decisiones de cultivo que toman los ejidatarios de El Quemado muestran cómo éstos responden activamente a las circunstancias, aunque siempre de acuerdo con sus recursos (económicos y sociales), las opciones de producción que se les presentan y sus objetivos, derivados de su propia cosmovisión. Así, en el caso de la producción de semillas híbridas varios ejidatarios las han elegido porque además de asegurarles la siembra en uno de los ciclos de la temporada les generan recursos para cultivar en el otro ciclo, con lo que logran tener producción durante todo el año y consiguen que haya rotación de cultivos en sus tierras.

El agua como elemento fundamental en la reproducción de El Quemado

Un elemento central que permite la persistencia y reproducción del grupo es su acceso al agua subterránea, que explotan a través de cinco pozos profundos que en 2013 tenían un aforo de 762 mil metros cúbicos anuales, el más grande de todos los aprovechamientos agrícolas del municipio de Sayula registrados ante la Comisión Nacional del Agua.

Los miembros de El Quemado decidieron en asamblea que los derechos de explotación de los cinco pozos pertenecieran al grupo, que vende el agua a sus miembros con tarifas preferenciales, inferiores a las del mercado, y cuando hay sobrantes, puedan venderlos a agricultores vecinos, sólo que en este caso a sobreprecio. Lo mismo pasa con algún miembro que venda su parcela, ya que al momento ésta pierde sus derechos de agua, de manera que quien la compra tiene que pagar el sobreprecio.

Esta cláusula fue acordada en la asamblea como una medida para evitar en lo posible la venta de parcelas, lo que debilitaría la fuerza del grupo, pues el agua con que cuentan hace muy atractivas sus tierras para los inversionistas. Así, este tipo de cláusulas constituyen una protección para que no se pierda el capital social que representa el grupo, aunque también puede ser una de las formas en que el capital social genera resultados subóptimos para sus miembros, quienes ven limitadas sus posibilidades de vender su parcela e incluso el valor de la misma disminuye al no tener los derechos sobre el agua.

Actualmente El Quemado, como otros grupos del ejido Usmajac, intentan modernizarse en algunas áreas con el objeto de ser más productivos y competitivos. Así, aunque hasta 2004 trabajaban con riego rodado, sus miembros decidieron instalar riego por aspersión aprovechando el apoyo recibido del gobierno federal a través del programa Alianza para el Campo. Para acceder a estos apoyos debieron presentarse como grupo, por lo que constituyeron dos subunidades de riego a efecto de tener más apoyo, pues el terreno conjunto permite tal subdivisión.

Como sucede en cualquier relación social, los miembros de El Quemado no están exentos de conflictos en su interior y con actores externos. Internamente, quizá los puntos más problemáticos sean precisamente los relacionados con el uso del agua. Así, por ejemplo, en una de las asambleas del grupo, cuando se informó que algunos miembros no habían pagado las cuotas correspondientes, varios otros insistieron en que debía suspenderse el suministro de agua, lo que no convenía a las autoridades del grupo, pues algunos de los morosos eran de los que tenían mayor ascendiente político en el grupo.

Otro momento interesante se dio cuando el representante del grupo solicitó en una asamblea que se le permitiera el acceso al agua para un terreno que había comprado y quería ver si era bueno para la alfalfa. Aunque varias veces insistió en que se le diera el agua pagando como parte del grupo, la decisión de la mayoría

fue que se le otorgaría el líquido así mientras probaba la productividad de la tierra, pero que posteriormente se decidiría si se mantenía ese precio o se le cobraba como externo. Esta situación permite deducir que, aun cuando existen ejidatarios con influencia en el grupo y por lo mismo pueden tener ciertos privilegios, la dirección del grupo es democrática y no está dominada por miembros con poder suficiente para obtener privilegios particulares.

La cohesión que ha mantenido el grupo durante varias décadas tiene que ver en gran medida con el acceso al agua, pero también influyen otros aspectos de beneficio común. Así, aun cuando en el grupo participa un buen número de ejidatarios que son mujeres adultas mayores y la asistencia de los miembros a las asambleas suele ser reducida, el grupo persiste no sólo por el acceso al agua sino también porque en los cultivos que siembran y comercializan colectivamente no habría mayores posibilidades de obtener utilidades superiores si actúan de manera independiente. Es decir, la integración colectiva de la producción es lo que les ha permitido a estos ejidatarios acceder a determinados mercados (semillas híbridas) u obtener ciertos niveles de utilidad (alfalfa) que de otra forma no hubieran sido posibles.

La siembra de hortalizas y la no participación de los ejidatarios de El Quemado

En el último cuarto de siglo la producción de frutas y hortalizas se ha convertido en una fuente atractiva de ingresos para muchos agricultores de México debido a las ventajas comparativas del país para exportar principalmente a Estados Unidos en la época invernal. En este contexto, cuando ha habido condiciones propicias (tanto materiales como socioculturales y de apoyos gubernamentales), diferentes grupos de ejidatarios de diversas regiones de México se han involucrado en este tipo de cultivos.⁷ Sin embargo, en el caso de Sayula, a pesar de que grupos como El Quemado cuentan con tierras e infraestructura de riego que pudieron haber motivado su involucramiento, esto no ha sucedido debido a la existencia de diversas circunstancias particulares:

1. *Falta de recursos económicos.* La producción de hortalizas requiere una elevada inversión, que en 2002 superó los 151 mil pesos por hectárea en el caso del jitomate y los 32 mil pesos en el cultivo de brócoli, lo que contrasta con los menos de seis mil pesos que costaba cultivar una hectárea de maíz (Cader-Sagarpa, 2002). Ante tal situación, la mayoría de los ejidatarios sayulenses no han tenido recursos suficientes para hacer una inversión de tal magnitud, sobre todo si a ello se añade que generalmente no son sujetos de crédito para la banca comercial y los mecanismos de financiamiento a los que acceden (cajas solidarias, crédito a la palabra otor-

⁷ Por ejemplo, Barros (2006) da cuenta de tres casos en los estados de Colima, Jalisco y Morelos, en las décadas de los setenta y ochenta.

gado por el gobierno federal y el programa de subsidios a la producción, Procampo) no proveen recursos suficientes para ello.

Pero, además, otra desventaja de los ejidatarios para producir hortalizas es lo pequeño de sus parcelas, debido a los grandes costos fijos de inversión que se requieren. Ante esta circunstancia, su posibilidad depende en buena medida de que lo hagan como parte de un grupo, aunque este es precisamente otro elemento que ha obstaculizado la asociación de las empresas hortícolas con los ejidatarios, pues éstas argumentan que suele pasar mucho tiempo para que los ejidatarios se pongan de acuerdo sobre los términos de los contratos, además de que entre más productores haya mayor es el riesgo de que algunos no cumplan con las especificaciones de producto que requieren las empresas.

2. *Desconocimiento de la forma de producir y comercializar.* Existe un círculo vicioso en la potencial incursión de los ejidatarios de Sayula en la producción de hortalizas. Al no contar con los recursos necesarios para invertir en tecnologías modernas, se mantienen alejados de tales técnicas, necesarias para la producción hortícola competitiva, lo que a su vez los aleja más e incrementa sus dificultades para compenetrarse con ellas.

Además, para muchos ejidatarios descendientes de agricultores de varias generaciones sus decisiones de producción deben conciliar la rentabilidad económica con el cuidado de los recursos productivos, en particular el suelo, de manera que si algún cultivo lo puede dañar prefieren no sembrarlo. Así lo dice Luis, ejidatario de Usmajac: “Sí, pensamos cambiar a otros cultivos también para rotar la tierra, pero los del jitomate se acaban las tierras, aplican muchos productos que bajan a la tierra, le quitan el fósforo”.⁸

Ahora bien, no todos los ejidatarios se han mantenido ajenos a la posibilidad de cultivar hortalizas; por el contrario, varios de ellos, aunque reconocen tales tendencias e intentan involucrarse en ellas, rechazan que esto tenga que hacerse forzosamente de acuerdo con las directrices del modelo agroindustrial hegemónico y olvidándose de las *técnicas que por años han aprendido* y les daban bastante resultado en el contexto local. Es decir, estos productores demandan la posibilidad de utilizar sus propias técnicas productivas, derivadas del conocimiento local, que requieren menor inversión, pero cuyos resultados pueden ser positivos si se quiere producir para determinados mercados locales o regionales.

Igualmente, otros ejidatarios, como los miembros de El Quemado, proponen cultivar hortalizas en asociación con un inversionista privado, en la que ellos ofrecen la tierra y el agua y el inversionista hace los gastos relacionados con la siembra. Esta oferta hasta el momento no ha sido aprovechada por ninguna empresa porque, en el caso del jitomate, las características del proceso productivo exigen tal atención

⁸ Entrevista realizada el 15 de marzo de 2004.

que las empresas prefieren integrar verticalmente todo el proceso; por su parte, en las hortalizas para el mercado de precongelaos (como el brócoli) la sociedad no es la alternativa para las agroindustrias, pues éstas estarían asumiendo algunos de los riesgos asociados a la producción, cuando es precisamente lo que quieren evitar al trabajar bajo contrato con agricultores independientes.

Ahora bien, si el desconocimiento de las técnicas de producción puede ser una barrera, la situación se complica más si se desconoce el funcionamiento de los canales de comercialización, y sobre todo si carecen de relaciones con este eslabón de la cadena de valor. De hecho, ellos condicionan su entrada a este tipo de productos a que exista un “comercio seguro”, en el sentido de que tengan acceso a canales de comercialización que les garanticen un nivel de rentabilidad adecuado, lo que hasta el momento no se ha dado.

3. *La realidad de varios ejidatarios hacen más factibles otras alternativas.* En la negativa o desconfianza que los miembros de El Quemado tienen para participar en la horticultura aparece una situación totalmente lógica aun desde el punto de vista de la racionalidad económica neoclásica: entre más recursos tenga un actor mejor será su posición para asumir riesgos en diferentes actividades productivas. Sin embargo, la mayoría de los ejidatarios de Sayula no disponen de recursos económicos para asumir los riesgos que implica la producción de hortalizas, ya que en ello está en juego no sólo una inversión fuerte, sino también su potencial económico y la manutención de su familia.

En tales circunstancias, estos pequeños agricultores identifican en la producción de alfalfa, semillas híbridas y otros cultivos alternativas económicas más seguras y, por lo mismo, más recomendables que la producción de hortalizas. En todo caso, su incursión en ellas está condicionada a que participen la mayoría de sus compañeros y a que se realice en sociedad con alguna empresa que provea el capital monetario, cultural y social que les dé mayor seguridad.

4. *En todo el país la edad promedio de los ejidatarios es cada vez mayor,* puesto que los herederos jóvenes son los más proclives a vender sus parcelas y dedicarse a otra actividad productiva (Cornelius y Myhre, 1998, p.10). Esto sucede también en el El Quemado, donde, como ya se vio, muchos de sus miembros son mujeres de la tercera edad que difícilmente están en condiciones de incursionar en la horticultura, pues no trabajan directamente sus parcelas, y en el caso de los hijos, suelen tener poco interés en tanto que la propiedad siga siendo de la madre.

Conclusiones

La linealidad y el determinismo presentes en muchas teorías sociológicas estructuralistas parecían prever que el fenómeno de la globalización y las políticas que el

Estado mexicano ha aplicado en los últimos veinticinco años provocarían la casi desaparición de los pequeños productores, así como la privatización de la mayoría de las tierras ejidales. Ciertamente, dicha política agrícola ha tenido indiscutibles impactos negativos entre los agricultores del país, principalmente entre los más desprotegidos,⁹ que han provocado el abandono de muchas tierras ejidales y privadas, así como la venta o renta de otras, especialmente en zonas de alta productividad o propensas a urbanización.

Sin embargo, la pronosticada venta masiva de superficie ejidal no se ha cumplido por una serie de razones (varias de ellas evidenciadas en la historia de El Quemado) que dan cuenta de la enorme heterogeneidad existente en el sector ejidal de México. Como bien dicen Concheiro y Diego (2003, pp. 160-161), no tiene los mismos rasgos un mercado de tierras en áreas donde las luchas agrarias se produjeron a principio del siglo xx que uno donde la reforma agraria se dio cincuenta años después; o en una región donde se desarrolla una importante agricultura empresarial moderna que en otra donde hay procesos históricos comunitarios.

Por otro lado, la persistencia de muchos ejidos está ligada al hecho de que la mayoría de los ejidatarios, aun cuando se encuentran cada vez más vinculados a las fuerzas externas de mercado, no responden exclusivamente a una racionalidad económica mercantilista y utilitaria. Por el contrario, en la racionalidad campesina la tierra adquiere un valor social diferente porque no es mera mercancía, de manera que en muchas localidades rurales la presencia del ejido genera solidaridades que promueven el sentido de comunidad, lo que lo convierte en un recurso social trascendente al lidiar con la realidad.

De igual manera, para muchos ejidatarios que no cuentan con fuentes de ingreso estables su parcela se convierte en un activo estratégico para garantizar por lo menos la obtención de los satisfactores básicos en momentos de alta incertidumbre. Además, aun cuando desde un punto de vista meramente mercantil la venta o renta de parcelas ejidales pudiera resultar una opción rentable, existen factores históricos, políticos, culturales y simbólicos que los hace decidir no vender, tales como el arraigo a la tierra, la herencia familiar, la memoria histórica sobre la lucha para su acceso, la identificación con la comunidad, etc. (Stephen, 1998, p. 126).

Finalmente, la posibilidad de que persistan y se reproduzcan determinados grupos ejidales depende también de la posesión de algunos recursos comunitarios.

⁹ Algunos datos que confirman lo anterior son: 1) de 1983 a 2006 el crecimiento promedio anual del PIB agropecuario (1.29 %) ha sido inferior al de la economía en su conjunto (2.34 %) (INEGI-BIE); 2) en la mayoría de los cultivos básicos existe un descenso en la producción per cápita en este periodo: frijol, trigo, arroz, leguminosas, leche, carne de res y carne de puerco (González y Macías, 2007, p. 54); 3) en materia de generación de empleo, entre 2000 y el segundo trimestre de 2006 se perdieron 1.06 millones de puestos de trabajo en la agricultura (ibíd.); 4) en 2004, 6 de cada 10 habitantes de las zonas rurales eran pobres y uno de cada cuatro se encontraba en extrema pobreza (Banco Mundial, 2004).

Así, en el caso de El Quemado un recurso estratégico que da viabilidad al grupo es el acceso al agua, y otros son la conjunción de superficie que como grupo aglutinan y las relaciones que han podido generar para la siembra y comercialización de cultivos, en la que de otra forma, trabajando individualmente como minifundios, muy difícilmente hubieran podido incursionar.

Esto demuestra que más allá de los presupuestos de la economía neoclásica de que las relaciones sociales son puestas como “meras perturbaciones empíricas a las predicciones teóricas” (Coleman, 1994, p. 175), éstas se convierten muchas veces en recursos clave en el devenir de los actores económicos.

Ahora bien, dentro de la heterogeneidad del sistema ejidal mexicano, el estudio de El Quemado muestra algo que ya ha sido destacado por otros investigadores (entre ellos, Heath, 1990, pp. 44-55): que en condiciones similares de acceso a tierra de calidad, al agua y a otros recursos económicos y tecnológicos, y respetando sus propias lógicas y su cultura, los ejidatarios pueden incorporarse a la agricultura de mercado y ser tan productivos como las agroempresas privadas.

Pero también muestra que los pequeños productores de zonas geográficas donde irrumpe la agricultura comercial de alto valor agregado ni tienden a desaparecer ni son arrastrados invariable y homogéneamente por este tipo de agricultura. Por el contrario, lo visto en esta historia demuestra cómo los ejidatarios, dentro de los límites de acción que tienen tanto por las estructura externas como por sus propios recursos y su realidad histórica, interpretan e internalizan en sus vidas la información que reciben del exterior, para reaccionar activamente y tomar decisiones de adaptación, rechazo, apropiación, negociación, etcétera.

Así, los miembros de El Quemado aceptaron formar un grupo y trabajar a su manera en épocas de intervención estatal (en que fueron apoyados para producir caña de azúcar o alfalfa) cuando había determinadas circunstancias, y cuando éstas cambiaron ajustaron sus maneras de producir y de asociarse para enfrentar el proceso de globalización y el cambio de las políticas públicas, así como la irrupción de nuevos actores y cultivos en su localidad, aceptando participar sólo en aquellos en que identifican un beneficio y rechazando, al menos de manera provisional y parcial, otros donde visualizan más amenazas que oportunidades.

Vale la pena hacer dos reflexiones finales. La primera tiene que ver con el alcance del capital social. En grupos de productores como el aquí presentado, su cohesión y su consecuente capital social se mantienen siempre y cuando existan condiciones benéficas para sus miembros por pertenecer al conglomerado; cuando éstas desaparezcan, es muy probable que la viabilidad del grupo se vea seriamente amenazada aun cuando existan historias compartidas que sus miembros ya han vivido por casi un siglo.

La segunda reflexión es en torno a la conciencia ambiental de los miembros de El Quemado. Aunque este tema supera los alcances del presente artículo, conviene

mencionar que el grupo también ha servido como un medio para que no se deterioren las condiciones ambientales, de manera que cuando algún miembro ha decidido realizar determinadas acciones que pueden afectar los recursos productivos de los demás, el grupo ha intervenido para convencer más que para imponer, a fin de que el productor no realice estas acciones. Hasta el momento esta ascendencia del grupo ha sido suficiente como amortiguador en decisiones que pudieran afectar los recursos productivos del grupo, aunque está por verse cuál sería la decisión de El Quemado en caso de que alguno de sus miembros se negara a seguir las recomendaciones colectivas.

Bibliografía

- Alexander, J. & Giesen, B. (1994). Introducción. De la reducción a la vinculación: de la visión a largo plazo del debate macro-micro. En Jeffrey, C., Alexander, J., Giesen, B., Münch, R. & Smelser, N. (comps.), *El vínculo macro-micro* (pp. 9-58). Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Gamma.
- Alonso, J. (2002). Bourdieu, un intelectual comprometido. *Revista Universidad de Guadalajara*, número 24.
- Banco Mundial (2004). *La pobreza en México: una evaluación de las condiciones, las tendencias y la estrategia del gobierno*. Washington: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, Banco mundial.
- Barros, M. (2006). *Pequeños productores en el negocio de frutas y hortalizas*. México: CIESAS.
- Beltran, M. A. (2005). *Perspectivas contemporáneas de las ciencias sociales*. Medellín: Colección Asoprudea No. Seis.
- Bengoa, J. (2003). 25 años de estudios rurales. *Sociologías*, 5(10), 36-98.
- Bourdieu, P. [1987] (2000). *Cosas dichas*. México: Editorial Gedisa Mexicana.
- Bourdieu, P. [1994] (2002). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. [2000] (2003). *Las estructuras sociales de la economía*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Caracciolo, M. & Foti, M. del P. (2003). *Economía solidaria y capital social. Contribuciones al desarrollo local*. Buenos Aires: Paidós.
- Castillo, V. (2001). Jitomate, actores y controversias en Sayula, Jalisco. *Carta Económica Regional*, 13(76), 3-14.
- Castillo, V. (2003). Empresas y agricultores: la producción de semilla híbrida de maíz bajo contrato. En Arroyo, J. & Berumen, S. (comps.). *Competitividad. Implicaciones para empresas y regiones* (pp. 415-463). Guadalajara: Universidad de Guadalajara, UCLA Program on Mexico, Profmex, Juan Pablos Editor.
- Centro de Atención al Desarrollo Rural de la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desa-

- rrollo Rural, Pesca y Alimentación (Cader-Sagarpa), Oficina de Sayula. 2002. Costos de producción de distintos cultivos en Sayula. Inédito.
- Coleman, J. (1994). A rational choice perspective on economic sociology. En Smelser, N. & Swedberg, R. (eds.), *The handbook of economic sociology* (pp. 166-180). Princeton, N.J., Nueva York: Princeton University Press, Russell Sage Foundation.
- Comisión Nacional del Agua (CNA) (2003). *Determinación de la disponibilidad de agua en el acuífero Lagunas, Estado de Jalisco*. Guadalajara: CNA.
- Comisión Nacional del Agua (CNA). Registro de aprovechamientos de agua subterránea por municipio. Recuperado de <http://www.cna.gob.mx>
- Concheiro, L. & Diego, R. (2003). Estructura y dinámica del mercado de tierras ejidales en 10 ejidos de la República Mexicana. En Léonard, E. Quesnel, E. & Velázquez, E., *Políticas y regulaciones agrarias. Dinámicas de poder y juegos de actores en torno a la tenencia de la tierra* (pp. 157-187). México: CIESAS, IRD, Porrúa.
- Cornelius, W. & Myhre, D. (1998). Introduction. En Cornelius, W. & Myhre, D. (eds.), *The transformation of rural Mexico* (pp. 1-20). San Diego: Center for U.S. Mexican Studies-University of California San Diego.
- Diario Oficial de la Federación (DOF)* (1992, 6 de enero). Decreto por el que se reforma el artículo 27 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.
- Enciclopedia de los Municipios de México, Estado de Jalisco, Sayula. Recuperado de <http://www.e-local.gob.mx/work/templates/enciclo/jalisco/mpios/14082a.htm>
- Giddens, A. [1984] (2003). *La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- González, H. (1981). *Terratenientes, campesinos y empresarios capitalistas. Un estudio socioeconómico local: Amacueca, Jal.* Tesis de licenciatura. Universidad Iberoamericana. México, D.F.
- González, H. & Macías, A. (2007). Vulnerabilidad alimentaria y ¿política agrícola en México? *Desacatos*, 25, 47-78.
- Heath, J. (1990, February). Enhancing the contribution of land reform to Mexican agricultural development. Policy, Research, and External Affairs Working Papers, WPS No. 285, Washington: Agriculture and Rural Development Department, The World Bank.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía-Banco de Información Económica (INEGI-BIE). Estadísticas económicas. Recuperado de <http://dgcnesyp.inegi.gob.mx/>
- Long, N. (1992). *Battlefields of knowledge. The interlocking of theory and practice in social research and development*. London, New York: Routledge.
- Long, N. (1998). Cambio rural, neoliberalismo y mercantilización: el valor social desde una perspectiva centrada en el actor. En Zendejas, S. y De Vries, P. (eds.), *Las disputas por el México rural*. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Long, N. (2007). *Sociología del desarrollo: una perspectiva centrada en el actor*. México: CIESAS, El Colegio de San Luis.
- Long, N. & Villarreal, M. (1993). Exploring development interfaces: from knowledge trans-

- fer to transformation of meaning. En Schurman, F. (ed.), *Beyond the impasse: new directions in development theory* (pp. 140-168). London: Zed Press.
- Macías, A. (2006). *Empresarios, estrategias y territorio en la producción hortícola en México (el caso de Sayula, Jalisco)*. Tesis doctoral, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Guadalajara, Jalisco, México.
- Morett, J. (1991). *Alternativas de modernización del ejido*. México: Instituto de Proposiciones Estratégicas.
- Munguía, F. [1976] (1998). *La Provincia de Ávalos*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco.
- Peña, G. de la (1999). Las regiones y la globalización: reflexiones desde la antropología mexicana. *Estudios del Hombre*, núm. 10, pp. 37-57.
- Pinto, L. [1998] (2002). *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*. México: Siglo XXI Editores.
- Riding, A. [1984] (2001). *Vecinos distantes. Un retrato de los mexicanos*. México: Joaquín Mortiz, Planeta.
- Stephen, L. (1998). Interpreting agrarian reform in two Oaxacan ejidos: differentiation, history, and identities. En Cornelius, W. & Myhre, D. (eds.), *The transformation of rural Mexico* (pp. 125-143). San Diego: Center for U.S. Mexican Studies, University of California San Diego.
- Van Young, E. (1992). Introduction: Are regions good to think? en Van Young, E. (ed.), *México's regions. Comparative history and development* (pp. 1-36). San Diego: University of California, Center for U.S.-Mexican Studies.
- Zendejas, S. (1988). Los campesinos: heterogeneidad y homogeneidad social. En Zepeda, J. (ed.), *Las sociedades rurales hoy* (pp. 101-111). Zamora: El Colegio de Michoacán, Conacyt.